

## COIMBRA



L Cid Campeador obedece a su destino, como el mar obedece a las lunas.

El rey Fernando está ya viejo y cansado de pelear, pero no puede resignarse a morir sin realizar el sueño de toda su vida: llevar sus armas lo más lejos posible, redondear su reino desde el Ebro hasta el Tajo y del Tajo a Coimbra.

¿No le ofrece el brazo de Ruy Díaz una ocasión única para emprender su gran campaña? ¿No era este hijo de los designios el que esperaba su reino, lleno de fe, iluminado de anuncios?

Adelante, pues. Con el Cid a la cabeza, todos los muros son Jericó. El Campeador tiene pacto con la trompeta de los milagros.

Escasea el dinero para la empresa. Mas allí están las joyas de su esposa, la noble reina doña Sancha.

Son pocos los soldados con que cuenta para tan ruda campaña. Mas allí está el nombre del Cid y el entusiasmo que produce tal nombre en todo su reino, sacará soldados de la tierra.

## V. HUIDOBRO

Adelante. Con el Cid Campeador a la cabeza de seis mil soldados parte el rey Fernando detrás de su viejo sueño.

Amanece sobre el mundo. Los pájaros impacientes vuelan hacia el oriente a picotear el alba para que salga el sol.

La tropa se pone en marcha. Amanece sobre España.

De victoria en victoria, tomando ciudades y ganando batallas, después de haber hecho tributarios a los reyes de Zaragoza, Toledo, Badajoz y Sevilla, en siete meses de pelea, una tarde llegan frente a Coímbra.

El Cid instala el campamento del rey y parte con unos cuantos a estudiar la ciudad y los campos vecinos.

Queda el rey con Alvar Fáñez y Per Vermúdez. El Cid parte con Martín Antolínez, Galín García y Muño Gustioz, y da una vuelta en torno de la ciudad.

La ciudad está bien defendida, fuertes murallas, macizas torres de piedra y ancho foso en torno.

Esto no asusta al Cid, y desde la mañana siguiente, al grito de ¡Cierra España! ¡Santiago Apóstol!, empieza el asalto a la ciudad. La tempestad bramando en plena tierra entre lluvias de dardos, catapultas escupiendo rocas, arietes dando embestidas de toro ciego y torres que se levantan y escalas que caen con racimos humanos colgando en el firmamento.

Los moros de la ciudad son numerosos y bravos. Rechazan el asalto.

Uno tras otro rechazan los asaltos. Peleando duro, día y noche, incansables.

Así pasan seis meses y la ciudad no se rinde.

Los sitiadores empiezan a perder paciencia, se desaniman los soldados, aumenta el hambre entre los cris-

tianos, han comido todos sus víveres, no hay más carne en el campo.

El rey, al ver sus tropas diezmadas, trata de levantar el cerco y discute con el Cid, que propone aún dar un último ataque al día siguiente.

Esto están tratando, cuando se presentan al rey unos monjes del monasterio de Lormano, y vienen a ofrecerle en nombre del Abad, trigo, mijo y legumbres, que ellos han cultivado con gran trabajo, rogándole no alce el cerco, y que si no lo alza, le darán carne en abundancia y todo lo necesario.

El rey los agradece, prometiendo no abandonar aún el campo, y reparte los víveres entre sus compañías.

Los monjes se retiran diciendo que el abad les manda su bendición y que reza noche y día al Apóstol Santiago pidiéndole protección para los cristianos.

—Yo lo he visto el otro día sonreirse sobre su altar— dice un monje flaco, de barba alucinada y con ojos de fiebre divina—. ¡Cómo sonreía el buen Apóstol! Yo le estaba encendiendo velas y diciéndole en voz baja: ¡Protector de España, protege a los españoles!

—Pedidle aún por nosotros esta noche—dice el Cid—, y que si no nos ayuda no vale llamarse patrón de España.

—Decidle que cambiaremos de patrón—grita Vermúdez, siempre loco y exaltado.

El monje se aleja santiguándose.

—No digáis eso, que el santo os ama.

—Calla, Vermúdez—exclama el rey—. ¿Y si el santo se ofende?

—No se ofende porque sabe que todos le queremos y que entre soldados hay que aguantarse el carácter. El se dice soldado; que demuestre ser camarada.

## V. HUIDOBRO

Ha caído la noche y un misterio se cuaja en la oscuridad. Noche pesada de presagios. La intranquilidad tiene los cerebros en delirio. Los nervios cantantes esperan un acorde que va a brotar de ellos.

Satisfecha el hambre, los vientres cantan victoria. Pero ¿y esa cosa vaga que se cierne sobre las cabezas? ¿Ese susurro de alas en el espacio, lejos?

¿Qué genio palpita en las entrañas de la oscuridad?

El rey está viejo y cansado y todo lo deja en manos del Campeador.

El Campeador se mira las manos pesadas de responsabilidad y ahora las ve brillar. Brillan en la noche.

¿De dónde viene ese resplandor extraño?

¿Y ese rumor de plumas? ¿Qué cosa se está escribiendo en el pecho del tiempo?

Rodrigo tiene sus armas, tiene su cabeza, tiene su gran corazón, y además todo eso misterioso que se mueve sobre él. Toda la noche se pasó estudiando su plan de ataque. Afiebrado, loco en medio de sus estrategias.

A la mañana siguiente, la salida del sol da la señal del asalto.

¡Cierra España! ¡Apóstol Santiago, a nosotros!

¡Santiago! ¡Santiago!

La tierra cruje de carros, corren los caballeros en carreras locas de un lado para otro, una plantación de cruces se agita en manos de los cristianos, entre lanzas y espadas. Se agarran al aire las escalas de cuerda e hileras de hombres trepan, trepan hasta tocar el cielo; los arqueros tañen sus cuerdas de muerte con ternura musical. La cristiandad se balancea en cien arietes, vomita en mil catapultas.

El Campeador brama órdenes entre el ruido infernal de la reyerta y entre orden y orden demanda al viento:

—¡Santiago! ¡Santiago, Apóstol, en tu nombre luchamos! ¡Santiago! ¡Santiago!

Yago, Yago, repite el eco, y algunos juran que oyeron: Ya voy, ya voy.

A las once de la mañana los castellanos habían tomado una de las torres. Al mediodía se veían obligados a abandonarla. Ganaban ventajas por aquí, las perdían por allá.

Uno de los compañeros del Cid cayó junto a él con el vientre atravesado. La matanza era horrorosa. El Cid corría como un relámpago de una puerta a otra. El mismo dirigía las maniobras de seis torres que se acercaban a los muros.

El rey en persona tomaba parte en el combate. Los soldados en masa, por una sola garganta enloquecidos voceaban:

—¡Santiago! ¡A nosotros Santiago!—y levantaban las manos al firmamento.

El Campeador con todas sus máquinas rompía ya una puerta y hacia allí volaban cientos de soldados. El delirio subía de tono. Aquello era una fantasmagoría de energúmenos indómitos.

Machaqueaban la puerta y temblaba el universo. El Cid iba adelante seguro en su Babieca, que rompía el viento con sus pechos...

—Al ataque, muchachos, sin desmayo—vociferaba el Cid—; firme, firme ahí. Esa puerta será nuestra. ¡Santiago! ¡Santiago! ¡Patrón de España!

La tropa, en su clamor, repetía: ¡Santiago! ¡Santiago!

De pronto, rompiendo el firmamento, se oye una voz inmensa que retumba rodando sobre el orbe:

**¡CIERRA ESPAÑA!**

Y arriba en el espacio, saltando de nube en nube, a

## V. HUIDOBRO

galope tendido, viene el Apóstol Santiago, en un caballo blanco, envuelto en una bruma de luz que vibra como un gran viento.

Todos los perros del campamento aúllan mortalmente, un griterío sagrado sube de la soldadesca frenética. Una ola de locura inunda la tierra y el ejército entero se siente sacudido por un enorme sollozo eléctrico y estalla en un llanto de júbilo y milagro.

Aumenta la energía en todos los brazos, todo el mundo tiene dobles fuerzas. Triplican los golpes de los arietes y de las catapultas. Crece el ardor indomable en todos los corazones. Todo se multiplica por cuatro, y ante tal empuje cede la puerta principal, rompiéndose en mil trozos.

Por allí se precipita el Cid al frente de su tromba hirviente.

Coimbra está tomada.